

conmigo la vergüenza. Dissimulé, fue mi padre, curò al muchacho, apaciguòlo, y bolviòme à la escuela, adonde el Maestro me recibì con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacò el enojo, considerando la razon que havia tenido. En todo esto, siempre me visitava el hijo de Don Alonso de Zuñiga, que se llamava Don Diego, porque me queria bien naturalmente, que yo trocava con èl los peones (si eran mejores los mios.) Davale de lo que almorçava, y no le pedia de lo que èl comia. Compravale estampas; enseñavale à luchar; jugava con èl al toro, y entreteniale siempre. Assi que los mas dias sus padres del Cavallerito; viendo quanto le regocijaba mi compañía, rogavan à los mios, que me dexassen con èl à comer, cenar, y aun dormir los mas dias. Succediò pues uno de los primeros, que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamava Poncio de Aguirre (el qual tenia fama de Consejero) que el Don Diaguito me dixo: Ola llamale Poncio Pilatos, y dà à correr. Yo por darle gusto à mi amigo, llamèle Poncio Pilatos. Corriòse tanto el hombre que diò à correr tras mi con un cuchillo desnudo, para matarme: de suerte, que fue forçoso meterme huyendo en casa del Maestro. Entrò el hombre dando gritos tras mi; y defendiendome el Maestro, assegurando que no me matasse, prometiendole de castigarme: y assi luego, aunque la Señora le rogò por mi (movida de lo que la servia) no aprovechò; mandòme desatacar, y açotandome, dezia tras cada açote: Dircis mas Poncio Pilatos? Yo respondia. No Señor. Y respondiò dos vezes, à otros tantos açotes que me diò. Quedè tan escarmentado de dezir Poncio Pilato, y con tal miedo, que mandandome el dia siguiente dezir, como solia, las oraciones à los otros; llegando al Credo (advierta V. merced la inocente malicia) al tiempo de dezir: padeciò so el poder de Poncio Pilato; acordandome que no havia de dezir mas Pilatos, dixo: Padeciò so el poder de Poncio de Aguirre. Diòle al Maestro tanta rifa de oir mi simplicidad, y de veer el miedo que le havia tenido, que me abraçò, y me diò una firma, en que me perdonava de açotes las dos primeras vezes que los mereciesse: Con esto fui yo muy contento. Llegò (por no enfadar) el tiempo de las Carnestolendas, y traçando el Maestro de que se holgassen sus muchachos, ordenò que huviesse Rey de gallos. Echamos fuertes entre doze señalados por èl, y cupome à mi. Avisè à mis padres, que me buscassen galas. Llegò el dia, y sali en un cavallo etico, y mustio; el qual, mas de manco, que de bien criado, iba haziendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescueço de camello, y mas largo; la cara no tenia sino un ojo, aunque obero. Echavansele de ver las penitencias, ayunos, y fullerias del que le tenia à cargo en el ganarle la racion. Yendo, pues, en èl, dando bueltas à un lado, y à otro, como Fariseo en passo, y los demàs niños todos adereçados tras mi, passamos por la plaça (aun de acordarme tengo miedo) llegando cerca de las mesas de las verduleras (Dios nos libre) agarrò mi cavallo un repollo à una, y ni fue visto, ni oido, quando lo despacho à las tripas; à las quales, como iba rodando por el gaznate, llegò en breve tiempo. La vencera (que siempre son desvergönçadas)

empeçò à dar voces. Llegaronse otras, y con ellas picaros, y alçando canaorias garrafales, nabos frifones, berengenas, y otras legumbres, empiegan à dar tras el pobre Rey. Yo viendo que era batalla nabal, y que no se havia de hazer à cavallo, quise apearme, mas tal golpe me le dieron al cavallo en la cara, que yendo à empujarle, cayò conmigo (hablando con perdon) en una privada. Puseme qual V. merced puede imaginar. Y à mis muchachos se havian armado de piedras, y davan tras las verduleras, y descalbraron dos. Yo à todo esto, despues que cai en la privada, era la persona mas necessaria de la riña. Vino la justicia, prendiò à verceras, y muchachos, mirando à todos que armas tenian, y quitandofelas porque havian sacado algunas dagas de las que traian por gala, y otros espadas pequeñas. Llegò à mi, y viendo que no tenia ningunas, porque me las havian quitado, y metidolas en una casa à secar con la capa, y sombrero. Pidiòme, como digo, las armas, al qual respondi, todo fucio, que finto eran ofensivas contra las narizes, que yo no tenia otras: Y de passo quiero confesar à V. M. que quando me empezaron à tirar las berengenas, nabos, &c. que como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me havian tenido por mi madre, y que la tiravan, como havian hecho otras vezes; y assi, como necio, y muchacho, empecè à dezir: Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonça Saturno de Revollo mi madre, como si ellas no lo echaran de ver por el talle, y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia, y el fucederme la desgracia tan de repente. Pero bolviendo al Alguacil, quiso llevarme à la carcel, y no me llevò, porque no hallava por donde afirmar (tal me havia puesto del lodo.) Unos se fueron por una parte, y otros por otra, y yo me vine à mi casa desde la plaça, martirizando quantas narizes topava en el camino. Entrè en ella, contè à mis padres el suceffo, y corrieronse tanto de verme de la manera que venia, que me quisieron maltratar: yo echava la culpa à las dos leguas de rozin esprimido que me dieron. Procurava satisfacerlos, y viendo que no bastava, salime de su casa, y fuime à veer à mi amigo Don Diego, al qual hallè en la suya descalabrado, y à sus padres refueltos por ello, de no le embiar mas à la escuela. Allí tuve nuevas de como mi rozin, viendose en aprieto, se esforcò à tirar dos cozes, y de puro flaco se desgajaron las ancas, y se quedò en el lodo, bien cerca de acabar. Viendome, pues, con una fiesta rebuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado, y el cavallo muerto, determinè de no bolver mas à la escuela, ni à casa de mis padres, sino de quedarme à servir à Don Diego, ò por mejor dezir, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que dava mi amistad al niño. Escrivi à mi casa, que ya no havia menester ir mas à la escuela; porque aunque no sabia bien escribir, para mi intento de ser Cavallero, lo que se requeria era escribir mal; y assi desde luego renunciava à la escuela, por no darles gasto, y à su casa, para ahorrarlos de pesadumbre. Avisè de donde, y como quedava, y que hasta que me dieffen licencia, no los veria.





## CAPITULO III.

*De como fuy à un Pupilage por criado de Don Diego Coronel.*

**D**eterminò, pues, Don Alonso de poner à su hijo en Pupilage. Lo uno, por apartarle de su regalo, y lo otro, por ahorrar de cuidado. Supo que havia en Segovia un Licenciado Cabra, que tenia per oficio criar hijos de Cavalleros, y embiò allà el fuyo, y à mi para que le acompañasse, y sirviessè. Entramos primer Domingo despues de Quaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un Clerigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeça pequeña, pelo vermejo; no ay mas que dezir para quien sabe el refran, que dize, ni gato, ni perro de aquella color: los ojos avezindados en el cogote, que parecia que mirava por cuebanos, tan hundidos, y obscuros, que era buen sitio el fuyo para tiendas de mercaderes, la nariz entre Roma, y Francia, porque se le havia comido de unas bubas de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero, las barbas descoloridas de miedò de la boca vezina, que de pura hambre parecia que amenaçava à comerse las; los dientes le faltavan no sè quantos, y pienso, que por holgaçanes, y vagamundos se los havian desterrado: el gznate largo como Avefruz, con una nuez tan salida, que parecia se iba à buscar de comer, forçada de la neccesidad; los brazos fecos, las manos como un manojo de farmientos cada una; mirado de medio abaxo, parecia tenedor, ò compàs, con dos piernas largas, y flacas; su andar muy de spacio; si se descomponia, sonavan los hueslos como tablillas de San Lazaro; la habla hetica, la barba grande, que nunca se la cortava; por no gastar; y èl dezia, que era tanto el asco que le dava ver las manos del barbero por su cara, que antes se dexaria matar, que tal permitiessè: cortavale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de Sol ratonado, con mil gateras, y guarniciones de grafa; era de cosa que fue paño, con los fondos de calpa: La sotana, segun dezian algunos, era milagrosa, porque no se sabia de que color era. Unos, viendola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana; otros dezian, que era ilusion; desde cerca parecia negra, y desde lexos entre azul; llevavala sin ceñidor, no traia cuello, ni puños; parecia con los cabellos largos, la sotana misera, y corta, lacayuelo de la muerte. Cada çapato podia ser tumba de un Filisteo, pues su aposento, aun arañas no havia en èl; conjurava los ratones; de miedo que no le royessèn algunos mendrugos que guardava; la cama tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado, por no gastar las sabanas; al fin era archipobre, y protomileria. A poder, pues, deste vine, y en su poder estuve con Don Diego, y la noche que llegamos, nos señalò nuestro aposento, y nos hizo una platica corta, que por no gastar tiempo no durò mas. Dixonos lo que haviamos de hazer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora del

comer, fuimos allà, comian los amos primero, y ferviamos los criados. El Refitorio era un aposento como un medio celemin; sustentavanse à una mesa hasta cinco Cavalleros. Yo mirè lo primero por los gatos, y como no los vi, preguntè, que como no los havia à un criado antiguo: el qual de flaco estava yà con la marca del Pupilage. Començò à enternecerse, y dixo: Como gatos? Pues quien os ha dicho à vos que los gatos son amigos de ayunos, y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. Yo con esto me comencè à afligir, y mas me afustè quando adverti, que todos los que antes vivian en el Pupilage estavan como leznas, con unas caras, que parecian se afeitavan con Diaquilon. Sentòse el Licenciado Cabra, y echò la bendicion. Comieron una comida eterna, sin principio, ni fin. Traxieron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas, peligrava Narciso mas que en la fuente. Notè con la ansia, que los macilentos dedos se echavan à nado tras un garvanço huérfano, y solo, que estava en el fuelo. Dezia Cabra à cada forbo. Cierito que no ay tal cosa como la olla; digan lo que dixeron; todo lo demàs es vicio, y gula. Acabando de dezirlo, echòse su escudilla à pechos, diciendo: Todo esto es salud, y otro tanto ingenio. Mal ingenio te acabe, dezia yo, quando vi un moço medio espiritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecia la havia quitado de sí mismo. Venia un nabo aventurero à bueltas, y dixo el Maestro: Nabos ay? No ay para mi perdiz que se le iguale. Coman, que me huelgo de verlos comer. Repartiò à cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegò à las uñas, y se les quedò entre los dientes, pienso que se consumiò todo, dexando descomulgadas las tripas de participantes: Cabra los mirava, y dezia. Coman, que moços son, y me huelgo de ver sus buenas ganas. Mire vueffa merced, que buen aliño para los que bostezavan de hambre. Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos, y unos huesflos; y dixo el Pupilero: Quede esto para los criados, que tambien han de comer; no lo queramos todo. Mal te haga Dios, y lo que has comido, lacerado, dezia yo, que tal amenaza has hecho à mis tripas. Echò la bendicion, y dixo: Ea, demos lugar à los criados, y vayanse hasta las dos à hazer exercicio, no les haga mal lo que han comido. Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojòse mucho, y dixome, que aprendieffe modestia; y tres, ò quatro sentencias viejas, y fuefe. Sentamonos nosotros, y yo que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedian justicia, como mas cano, y mas fuerte que los otros, arremeti al plato, como arremetieron todos, y emboqueme de tres mendrugos los dos, y el un pellejo. Començaron los otros à gruñir. Entrò Cabra al ruido, diciendo: Coman como hermanos, pues Dios les dà con què; no riñán, que para todos ay. Bolviòse al Sol, y dexònos solos. Certifico à V. M. que havia uno dellos que se llamava Surre, Bizcaino, tan olvidado yà de como, y por donde se comia, que una cortecilla que le cupo, la llevò dos vezes à los ojos, y de tres no la acertava à encaminar de las manos à la boca; y pedi yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hazian) y dic-

dieronme un vaso con agua, y no le huve bien llegado à la boca, quando como si fuera lavatorio de comunion, me le quitò el moço espiritado que dixè: Levantème con grande dolor de mi anima, viendo que estava en casa donde se brindava à las tripas, y no hazianla razon. Diome gana de descomer (aunque no havia comido) digo, de proveerme, y preguntè por las necessarias à un antiguo, y dixome, no lo sè, en esta casa no las ay: para una vez que os proveereis mientras aqui estuviereis, donde quiera podeis, que aqui estoy dos meses ha, y no he hecho tal cosa, sino el dia que entrè, como vos aora, de lo que cenè en mi casa la noche antes. Como encarecerè yo mi tristeza, y pena? Fue tanta, que considerando lo poco que havia de entrar en mi cuerpo, no osè (aunque tenia gana) echar nada dèl. Entretuvimonos hasta la noche. Deziame Don Diego, que què haria èl para persuadir à las tripas, que havian comido, porque no lo querian creer? Andavan vaguidos en aquella casa, como en otra ahitos. Llegò la hora de cenar; passò se la merienda en blanco. Cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del Maestro, Cabra assada. Mire vueſſa merced si inventàrà el diablo tal cosa. Dezia, es muy saludable, y provechoso el cenar poco, para tener el estomago desocupado, y citava una retahila de Medicos infernales. Dezia alabanças de la dieta, y que ahorrava un hombre de sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podia soñar otra cosa, sino que comian. Cenaron, y cenamos todos, y no cenò ninguno. Fuimonos à acostar, y en toda la noche, yo, ni Don Diego podimos dormir: èl tragando de quexarse à su padre, y pedir que le sacasse de alli; y yo aconsejandole, que lo hiziesse. Y ultimamente le dixè: Señor! sabeis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino; que en la pendencia de las verceras nos mataron, y que somos animas que estamos en el Purgatorio; y assi, es por demas dezir, que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saque de penas con alguna Missa en altar Privilegiado. Entre estas platicas, y un poco que dormimos, se llegò la hora del levantar. Dieron las seis, y llamò Cabra à licion. Fuimos, y oimosla todos. Y à mis espaldas, y hijadas nadavan en el jubon, y las piernas davan lugar à otras siete calças, los dientes sacava con tobas, amarillos (vestidos de desesperacion.) Mandaronme leer el primer Nominativo à los otros, y era de manera mi hambre, que me defayunè con la mitad de las razones, comiendomelas, y todo esto creerà quien supiere lo que me contò el moço de Cabra, diziendo: Que el ha visto meter en casa, recién venido, dos frifones, y que à dos dias salieron cavallos ligeros, que volavan por los aires, y que viò meter mastines pesados, y à tres horas salir galgos corredores: y que una Quaresma topò muchos hombres; unos metiendo los pies, otros las manos, y otros todo el cuerpo en el portal de su casa (esto por muy gran rato) y mucha gente venia à solo aquello de fuera: y preguntando un dia, que seria? Porque Cabra se enojò de que se lo preguntasse, respondiò: Que los unos tenian sarna, y los otros sabañones, y que en metiendolos en aquella casa, morian de hambre; de manera, que no comian de alli adelante. Certificòme que era verdad,

yo que conocí la casa lo creo : digolo , porque no parezca encarecimiento lo que dixere : Y bolviendo à la lición , diòla , y decoramosla , y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado ; solo añadí à la comida tozino en la olla , por no sèque que le dixeron un dia de hidalgua alla fuera , y assi tenia una caja de yerro toda agugurada , como salvadera ; abriala , y metia un pedaço de tozino en ella que la llenasse , y tornavala à cerrar , y metiala colgando de un cordel en la olla , para que la dièsse algun çumo por los agugeros , y quedasse para otro dia el tozino . Pareciòle despues , que en esto se gattava mucho , y diò en afformar el tozino en la olla . Passavamoslo con estas cosas , como se puede imaginar . Don Diego , y yo nos vimos tan al cabo , que yà que para comer no hallavamos remedio , passado un mes le buscamos , para no levantarnos de mañana ; y assi trazavamos de dezir , que teniamos algun mal ; pero no diximos calentura ; porque no la teniendo , era facil de conocer el enredo ; dolor de cabeça , ò muelas era poco estorbo ; diximos al fin , que nos dolian las tripas , y estavamos malos de achaque de no haver hecho de nuestras personas en tres dias , fiados en que à trueque de no gattar dos quartos , no buscaria remedio . Ordenòlo el diablo de otra fuerte ; porque tenia una receta que havia heredado de su padre , que fue Boticario : supo el mal , y aderecò una melecina , y llamando una vieja de setenta años , tia suya , que le servia de enfermera , dixo , que nos hechasse fendas gaitas . Empeçaron por Don Diego ; el desventurado atajòse , y la vieja en vez de echarfela dentro , disparòfela por entre la camisa , y espinazo , y diòle con ella en el cogote , y vino à servir por defuera guarnicion , la que dentro havia de ser aforro . Quedò el moço dando gritos , vino Cabra , y viendolo , dixo , que me echassen à mi la otra , que luego tornaria à Don Diego . Yo me vestia , pero valiòme poco ; porque teniendome Cabra , y otros , me la echò la vieja , à la qual de retorno di con ella en toda la cara . Enojòse Cabra conmigo , y dixo , que èl me echaria de su casa , que bien se echava de ver que era todo bellaqueria ; mas no lo quiso mi ventura . Quexamonos à Don Alonso , y el Cabra le hazia creer , que lo haziamos por no assistir al estudio . Con esto no nos valian plegarias . Metiò en casa la vieja por ama , para que guisasse , y sirvièsse à los Pupilos ; y despidiò al criado , porque le hallò el Viernes de mañana con unas migajas de pan en la ropilla . Lo que passamos con la vieja , Dios lo sabe : era tan forda , que no oía nada , entendia por señas , ciega , y tan gran rezadera , que un dia se le defendartò el Rosario sobre la olla , y nos la traxo con el caldo mas devoto , que jamas comi . Unos dezian , garvanços negros , sin duda son de Etiopia . Otros dezian , garvanços con luto ; quien se les havrà muerto ? Mi amo fue el que se encajó una cuenta , y al mazcarla se quebrò un diente . Los Viernes nos solia embiar unos huevos à fuerça de pelos , y canas suyas , que podian pretender Corregimiento , ò Abogacia . Pues meter el vadil por el cucharon , embiar una escudilla de caldo empedrada , era ordinario , mil vezes topè yo savandijas , palos y estopa de la que hilava en la olla : y todo lo metia , para que hiziesse presencia en las tripas , y abultasse . Passamos este trabajo hasta la

Quaresma que vino, y à la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar el Medico, hasta que yà èl pedia confesion, mas que otra cosa. Llamò entonces un Platicante, el qual le tomò el pulso, y dixo, que la hambre le havia ganado por la mano el matar aquel hombre. Dieronle el Sacramento, y el pobre quando lo viò (que havia un dia que no hablava) dixo: Señor mio JESU CHRISTO! necessario ha sido el veros entrar en esta casa, para persuadirme que no es el Infierno. Imprimieronsele estas razones en el coraçon: murió el pobre moço, enterramosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos affombrados. Divulgose por el pueblo el caso atroz, llegò à oidos de Don Alonso Coronel, y como no tenia otro hijo, defengañosè de las crueldades de Cabra, y començò à dar mas credito à las razones de dos sombras, que yà estavamos reducidos à tan miserable estado. Vino à sacarnos del Pupilage, y teniendo nos delante, nos preguntava por nosotros, y tales nos viò, que sin aguardar mas, tratò muy mal de palabras al Licenciado Vigilia. Mandonos llevar en dos fillas à casa; despedimonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos, y con los ojos, haziendo las lastimas que haze el que queda en Argèl, vicndo venir rescatados sus compañeros.

## CAPITULO IV.

*De la convalecencia, y ida à estudiar à Alcalà de Henares.*

**E**Ntramos en casa de Don Alonso, y echaronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los hueffos de puro roidos del hambre. Traxeron exploradores, que nos buscassen los ojos por toda la cara: y à mi, como havia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me tratavan como à criado) en buen rato no me los hallaron. Traxieron Medicos, y mandaron, que nos limpiaassen con zorras el polvo de las bocas, como à Retablos; y bien lo eramos de duelos. Ordenaron que nos dieffen sustancias, y pistos. Quien podrá contar à la primera almendrada, y à la primera ave, las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hazia novedad. Mandaron los Doctores, que por nueve dias no hablasse nadie rezio en nuestro aposento; porque como estavan huecos los estomagos, sonava en ellos el eco de qualquier palabra. Con estas, y otras prevenciones, començamos à bolver, y cobrar algun aliento; pero nunca podian las quixadas desdoblarse, que estavan negras, y alforçadas; y assi se diò orden, que cada dia nos las ahormassen con la mano de un almirez. Levantamonos à hazer pinicos dentro de quatro dias, y aun pareciamos sombras de otros hombres; y en lo amarillo, y flaco, simiente de los Padres del Yermo. Todo el dia gastavamos en dar gracias à Dios, por havernos rescatado de la cautividad del fierissimo Cabra, y rogavamos al Señor, que ningun Christiano cayesse en sus cruels manos. Si à calo comiendo alguna vez, nos acordavamos de

las mesas del mal Pupilero, se nos aumentava el hambre tanto, que acrecentavamos la costa aquel dia. Soliamos contar à Don Alonso, como al sentarse à la mesa nos dezia males de la gula ( no haviendola èl conocido en su vida ) y reíase mucho, quando le contavamos, que en el Mandamiento de no mataras; metia perdizes, capones, y todas las cosas que no queria darnos; y por el configuien- te la hambre; pues parecia que tenia por pecado, no solo el matarla, sino el criarla, segun recatava el comer. Passaronse nos tres meses en esto, y al cabo tratò Don Alonso de embiar à su hijo à Alcalà à estudiar lo que le faltava de Gramatica. Dixome à mi si queria ir; y yo que no deseava otra cosa, sino salir de tierra donde se oyesse el nombre de aquel malvado perseguidor de estomagos, ofreci de servir à su hijo, como veria. Y con esto diòle un criado para Mayordomo, que le governasse la casa, y le tuviesse quenta del dinero del gasto, que nos dava remitido en cédulas para un hombre, que se llamava Julian Merluza. Pusimos el hato en el carro, de un Diego Monje; era media camita, y otra de cordeles con ruedas para meterla debaxo de la otra mia, y del Mayordomo, que se llamava Aranda: cinco colchones, y ocho sábanas, ocho almohadas, quatro tapizes, un cofre con ropa blanca, y las demás garandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos à la tardecita antes de anochecer una hora, y llegamos à la media noche à la siempre maldita Venta de Biveros. El Ventero era Morisco, y ladrón ( y en mi vida vi perro, y gato juntos con la paz que aquel dia. ) Hizonos gran fiesta, y como èl, y los Ministros del Carretero ivan horros ( que yà havian llegado tambien con el hato antes, porque nosotros veniamos de espacio ) pegòse al coche, diòme à mi la mano para salir del estrivo, y dixome, si iba à estudiar, yo le respondi que si. Metiome adentro, donde estavan los Rufianes, con unas mugercillas, un Cura rezando al olor, un viejo Mercader, y avariento, procurando olvidarfe de cenar, y dos Estudiantes fregones de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como mas nuevo en Venta; y muchacho, dixo: Señor huesped! dème lo que huviere para mi, y dos criados. Todos lo somos de vuestra merced dixeron al punto los Rufianes, y le hemos de servir. Hola huesped; mirad que este Cavallero os agradecerà lo que hizieredes, vaciad la despensa, y diziendo esto, llegòse uno, y quitòle la capa, diziendo: Descanse vuestra merced mi Señor, y pusola en un poyo. Estava yo con esto desvanecido, y hecho dueño de la Venta. Dixo uno de las Ninfas: Que buen talle de Cavallero, y va à estudiar? es vuestra merced su criado? Yo respondi, creyendo que era assi como lo dezian; que yo, y el otro lo eramos. Preguntaronme su nombre, y no bien lo dixen, quando uno de los Estudiantes se llegó à èl medio llorando, y dandole un abraço apretadissimo; dixo: O mi Señor Don Diego! quien me dixera à mi aora diez años, que havia de ver à vuestra merced desta manera? Desdichado de mi, que estoy tal, que no me conocerà vuestra merced. El se quedó admirado, y yo tambien, que juramos entrambos no haverle visto en nuestra vida. El otro compañero andava mirando à Don Diego à la cara, y dixo su amigo: Es este Señor

de

de cuyo padre me dixistes vos tantas cosas? Gran dicha à sido nuestra encontrarle, y conocerle, segun està de grande, Dios le guarde, y empecò à santiguarse, (quien no creyera, que se havian criado con nosotros?) Don Diego se le ofreciò mucho, y preguntandole su nombre; saliò el Ventero, y puso los manteles, y oliendo la estafa dixo: Dexen esto, que despues de cenar se hablarà, que se enfria. Llegò un Rufian, y puso asientos para todos, y una silla para Don Diego, y el otro traxo un plato. Los Estudiantes dixeron: Cene vueſſa merced que entre tanto que à nosotros nos adereçan lo que huviere le serviremos à la mesa: **J E S U S**, dixo Don Diego; **Vs. Ms.** se assienten si son servidos; y à esto respondieron los Rufianes (no hablando con ellos:) Luego mi Señor, que aun no està todo à punto. Yo quando vi à los unos combidados, y à los otros que se combidavan, affigime, y temì lo que sucediò; porque los Estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando à mi amo dixeron: No es razon, que donde està un Cavallero tan principal se queden estas Damas por comer. Mande vueſſa merced que alcancen un bocado. El haziendo del galan, combidòlas: sentaronse, y entre los dos Estudiantes, y ellas no dexaron en quatro bocados fino un cogollo, el qual se comiò Don Diego, y al darle a aquel maldito Estudiante, le dixo: Un abuelo tuvo vueſſa merced Tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayava; que hombre era tan cabal. Y diziendo esto se puso un panecillo, y el otro otro. Pues las Ninfas yà davan cuenta de un pan, y el que mas comia era el Cura, con el mirar solo. Sentaronse los Rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino, y un par de palominos cocidos, y dixeron: Pues Padre ahi se està? llegue, y alcance, que mi Señor Don Diego nos haze merced à todos. No bien se lo dixeron, quando se sentò. Yà quando viò mi amo que todos se le havian encaxado, començose à affigir. Repartieronlo todo, y al D. Diego dieron no sè que huesſos, y alones; lo demas engullieron el Cura, y los otros. Dezian los Rufianes: No cene mucho Señor, que le harà mal, y replicava el maldito Estudiante; y mas, que es menester hazerse à comer poco para la vida de Alcalà. Yo, y el otro criado estavamos rogando à Dios, que les pusiesſe en coraçon, que dexassen algo. Y yà que lo huvieron comido todo, y que el Cura repassava los huesſos de los otros, bolviò el Rufian, y dixo: O pecador de mi! no havemos dexado nada à los criados, vengan aqui **Vs. Ms.** A Señor huesped, dè les todo lo que huviere, ve aqui un doblon. Tan presto saltò el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar) y dixo: Aunque vueſſa merced me perdone Señor hidalgo, deve saber poco de cortesia; conoce por dicha à mi Señor primo? El darà à tus criados, y aun à los nuestros si los tuvieramos, como nos ha dado à nosotros. No se enoje vueſſa merced que no le conocian. Maldiciones le echè quando vi tan gran dissimulacion, que no pensè acabar. Levantaron las mesas, y todos dixeron à Don Diego que se acostasse, el queria pagar la cena, y replicaronle, que à la mañana havia lugar. Estuvieronse un rato parlando, y preguntòle su nombre al Estudiante, y dixo, que se llamava don Coronel. En malos infiernos arda el embustero,

en donde quiera que está. Vio que dormia el avariento, y dixo: *vuesa merced quiere reir? pues agamos alguna burla à este viejo, que no ha comido fino un pero en todo el camino, y es riquissimo. Los Rufianes dixeron: Bien ayà el Licenciado, hagalo, que es razon. Con esto se llegó, y facò al pobre viejo, que dormia, de debaxo de los pies unas alforjas, y desembolviendolas hallò una caja, y como si fuera de guerra hizo gente. Llegaronse todos, y abriendola, viò que era de alcorças. Sacò todas quantas havia, y en su lugar puso piedras, palos, y lo que hallò; luego se proveyò sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una dozena de vefones: cerrò la caja, y dixo: Pues aun no basta, que bota tiene, facòle el vino, y desfundando una almoada de nuestro coche; despues de haver echado un poco de vino debaxo, se la llenò de lana, y estopa, y la cerrò. Con esto se fueron todos à acostar para una hora ò media que quedava, y el Estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gavan echò una gran piedra, y fuefe à dormir. Llegò la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavia dormia. Llamaronle, y al levantarse no podia levantar la capilla del gavan. Mirò lo que era, y el Ventero adrede le riñò, diziendo: Cuerpo de Dios, no hallas otra cosa que llevarse Padre, fino es esta piedra? Que les parece à Vs. Ms. si yo no le huviera visto? cosa que estimo en mas de cien ducados, porque es contra el dolor de estomago. Jurava, y perjurava, diziendo, que èl no havia metido tal en la capilla. Los Rufianes hizieron la cuenta, y vino à montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganès la suma. Dezian los Estudiantes: como hemos de servir à vuesa merced en Alcalá? Quedamos ajustados en el gasto. Almorçamos un bocado, y el viejo tomò sus alforjas, y porque no viessemos lo que sacava; y no partir con nadie: defatòlas à escuras debaxo el gavan, y agarrando un yefon untado, echòfelo en la boca, y fue à hincarle una muela, y medio diente que tenia, y por poco los perdiera. Començò à escupir, y hazer gestos de asco, y de dolor. Llegamos todos à èl, y el Cura el primero, diziendole, que què tenia? Començòse à ofrecer à Satanàs, dexò caer las alforjas; llegòse à èl el Estudiante, y dixo: Arriedro vayas Satan, cata la Cruz. Otro abrió un Breviario, y hizieronle creer que estava endemoniado, hasta que èl mismo dixo lo que era, y pidió le dexassen enxaguar la boca con un poco de vino, que èl traía en la bota. Dexaronle, y sacandola, abriola, y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana, y estopa un vino salvaje, tan barbaño, y belloso, que no se podia beber, ni colar. Entonces acabò de perder la paciencia el viejo; pero viendo las descompuestas carcadadas de risa, tuvo por bien el callar, y subir en el carro con los Rufianes, y mugeres. Los Estudiantes, y el Cura se enfartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche. Y aun no bien havia començado à caminar, quando los unos, y los otros nos començaron à dar vaya, declarando la burla: El Ventero dezia: Señor nuevo à pocas estrenas como esta envejecerà. El Cura dezia: Sacerdote soy, allà se lo dirè de Misas. Y el Estudiante maldito vozeava. Señor primo? otra vez rasquese quando le coma, y no despues. El otro dezia: Sarna dè à vuesa merced Señor Don Diego*

Nosotros dimos en no hazer caso, Dios sabe quan corridos ivamos. Con estas, y otras cosas llegamos à la Villa, apeamonos en un meson, y en todo el dia (que llegamos à las nueve) acabamos de contar la cena passada, y nunca podimos sacar en limpio el gasto.

## CAPITULO V.

*De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hizieron por nuevo.*

**A**Ntes que anochebiesse salimos del meson à la casa que nos tenian alquilada, que estava fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes, donde ay muchos juntos, aunque esta teniamos entre tres moradores diferentes no mas. Era el dueño, y huesped de los que creen en Dios por cortesía, ò sobre falso, Moriscos los llaman en el pueblo, que aun ay muy grande cosecha desta gente, y de la que tiene sobradas narizes, y solo les faltan para oler tozino; digo esto, confessando la mucha nobleza que ay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibiòme pues el huesped con peor cara, que si yo fuera Cura, y le pidiera la cedula de confession; ni sè si lo hizo porque le començassemos à tener respèto, ò por ser natural suyo dellos, que no es mucho tenga mala condicion, quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodamos las camas, y lo demas, y dormimos aquella noche. Amaneciò, y hellos aqui en camisa todos los Estudiantes de la posada à pedir la patente à mi amo. El que no sabia lo que era, preguntòme, que querían? Y yo entre tanto, por lo que podia suceder, me acomodè entre dos colchones, y solo tenia la media cabeça fuera, que parecia tortuga. Pidieron dos docenas de reales, dieronse los, y cantando començaron una grita del diablo, diciendo: Viva el compañero y sea admitido à nuestra amistad. Goze de las preeminencias de antiguo. Pueda tener farna, andar manchado, y padecer el hambre que todos. Y con esto, (mire vueffa merced que privilegios) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros, y tomamos el camino para Escuelas. A mi amo apadrinaronle unos Colegiales conocidos de su padre, y entrò en su General: pero yo, que havia de entrar en otro diferente, y fui solo, comencè à temblar. Entrè en el patio, y no huve metido bien el pie, quando me encararon, y empeçaron à dezir, nuevo. Yo por disimular di en reir, como que no hazia caso, mas no bastò, porque llegandose à mi ocho, ò nueve, començaron à reirse. Puseme colorado (nunca Dios lo permitiera) pues al instante se puso uno que estava à mi lado sus manos en las narizes, y apartandose dixo: Por resucitar està este Lazaro, segun hiede: Y con esto todos se apartaron tapandose las narizes: yo que me pensè escapar, tambien me puse las manos, y dixè: Vueffas mercedes tienen razon, que huele muy mal. Dioles mucha risa, y apartandose; yà estavan juntos hasta ciento. Començaron à escarbar, y tocar al arma, y en las toses, y abrir, y cerrar de los

bocas, vi que se aparejavan gargajos. En esto un Manchegaço acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: Esto hago. Yo entonces, que me vi perdido, dixè: Juro à Dios que me la iva à dezirle, pero fue tal la bateria, y lluvia que cayò sobre mi, que no pude acabar la razon. Yo estava cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiravan à mi, y era de ver fin duda, como tomavan la punteria. Estava yà nevado de pies à cabeça, pero un bellaco, viendome cubierto, y que no tenia en la cara cosa, arrancò azia mi, diciendo con gran colera: Basta, no le mateis. Yo, que segun me tratavan, crei dellos que lo harian, destapè por vèr lo que era, y al mismo tiempo el que dava las voces me clavò un gargajo entre los dos ojos. Aqui se han de considerar mis angustias, levantò la infernal gente una grita, que me aturdieron. Y yo, segun lo que echaron sobre mi de sus estomagos, pensè, que por ahorrar de Medicos, y Boticas aguardavan nuevos para purgarle. Quisieron tras esto darme de pescocones; pero no avia donde, sin llevarle en las manos la mitad del azeite de mi negra capa, yà blanca por mis pecados. Dexaronme, iva hecho aljufaina de viejo à pura saliva. Fuime à casa, que apenas acertè à entrar en ella; y fue ventura ser de mañana; porque solo topè dos ò tres muchachos (que devian ser bien inclinados) porque no me tiraron mas de quatro ò seis trapagos, y luego se fueron. Entrè en casa, y el Morisco que me viò començò à irle, y hazer como que queria escupirme: yo que temì que lo hiziesse, dixè: Tened huesped, que no soy Ecce Homo. Nunca lo dixera, porque me diò dos libras de porragos sobre los ombros con las pefas que tenia. Con esta ayuda de costa, medio valdado subì arriba, y en buscar por donde affir la sotana, y el manteo se passò mucho rato. Al fin le quitè, y me echè en la cama, y colguè en una agotea. Vino mi amo, y como me hallò durmiendo, y no sabia la alquerosa aventura, enojose, y començòme à dar repelones con tanta priessia, que à dos mas me despierta calvo. Levantème dando voces, y quexandome, y el con mas colera dixo: Es buen modo de servir este, Pablos? Yà es otra vida. Yo quando oyì dezir otra vida, entendì que era yà muerto, y dixè: Bien me anima vuestra merced en mis trabajos, vea qual està aquella sotana, y manteo, que han servido de paniguelos à las mayores narizes que se han visto jamas en passo de Semana Santa; y con esto empecè à llorar. El viendo mi llanto creyòlo, y buscando la sotana, y viendola, compadeciose de mi, y dixo: Pablo abre el ojo, que asan carne; mira por ti, que aqui no tienes otro padre, ni madre. Contèle todo lo que havia passado, y mandòme desnudar, y llevar à mi aposento, que era donde dormian quatro criados de los huespedes de casa. Acostème, y dormì, y con esto à la noche, despues de haver comido, y cenado bien, me hallè fuerte yà, como sino huviera passado nada por mi. Pero quando comiençan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen à otras. Vinieronle à acostar los otros criados, y saludandome todos, me preguntaron, si estava malo, y como estava en la cama? Yo les contè el caso, y al punto, como si en ellos no huviera mal ninguno se empeçaron à fantiguar, diciendo: No se hiziera entre

Luteranos, ay tal maldad? Otro dezia; el Rector tiene la culpa en no poner remedio; conocerà los que eran? Yo respondi, que no, y agradeciles la merced que me mostravan hazer. Con esto se acabaron de desnudar, acostaronse, mataron la luz, y dormime yo, que me parecia estava con mi padre, y mis hermanos. Devian de ser las doze, quando el uno dellos me despertò à puros gritos, diziendo: Ay que me matan, ladrones. Sonavan en su cama unas voces, y golpes de latigo; yo levatè la cabeça, y dixè: Que es effo? Y apenas me descubri, quando con una maroma me assentaron un açote, con hijos, en todas las espaldas. Comencè à quexarme, quiseme levantar, quexavase el otro tambien, y davame à mi solo: yo comencè à dezir, justicia de Dios; pero menudeavan tanto los açotes sobre mi, que yà no me quedò (por haverme tirado las fraçadas abaxo) remedio, sino el de meterme debaxo de la cama: hizelo assi, y al punto los otros que dormian empeçaron à dar gritos tambien, y como sonavan los açotes, yo crei que alguno de à fuera nos dava à todos. Entre tanto aquel maldito, que estava junto à mi, se pasò à mi cama, y proveyò en ella, y cubriola, y passandose à la suya, cessaron los açotes, y levantaronse con grandes gritos todos quatro, diziendo: es gran bellaqueria, y no ha de passar assi. Yo todà via me estava debaxo de la cama, quexandome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecia un galgo con calambre. Hizieron los otros que cerravan la puerta, y yo entonces sali de donde estava, y subime à mi cama: preguntando, si à caso les havian hecho mal: Todos se quexavan de muerte. Acostème, y cubrime, y tornè à dormir, y como entre sueños me rebolcasse, quando despertè halleme fucio hasta las trenças. Levantaronse todos, y yo tomè por achaque los açotes para no vestirme; no havia diablos que me moviessen de un lado; estava confuso considerando si acaso con el miedo, y la turbacion, sin sentirlo, havia hecho aquella vileza, ò si entre sueños: Al fin yo me hallava inocente, y culpado, y no sabia disculparme. Los compañeros se llegaron à mi, quexandose, y muy dissimulados à preguntarme como estava; y yo les dixè, que muy malo, porque me havian dado muchos açotes. Preguntavales yo que podia haver sido; y ellos dezian, à Fè que no se escape, que el Matematico nos lo dirà; pero dexando esto, veamos si estais herido, que os quexavadas mucho; y diziendo esto fueron à levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entrò diziendo: Es possible Pablos, que no he de poder contigo? son las ocho, y estàs en la cama? levantate en hora mala. Los otros, por asegurarme, contaron à Don Diego el caso todo, y pidieronle, que me dexasse dormir; y dezia uno, si vuèssa merced no lo cree, levanta amigo, y agarrava de la ropa. Yo la tenia assida con los dientes, por no mostrar la caca. Y quando ellos vieron que no havia remedio por aquel camino, dixo uno: Cuerpo de tal, y como hiede, Don Diego dixo lo mismo; porque era verdad: y luego tràs el començaron todos à mirar si havia en el aposento algun servicio, dezian, q̄ no se podia estar alli. Dixo uno: pues es muy bueno effo para haver de estudiar. Miraron las camas, y quitaronlas para ver debaxo, y dixeron: Sin duda debaxo de la de Pablos ay algo, passè-

passémolle à alguna de las nuestras, y miremos debaxo della. Yo que veía poco remedio en el negocio, y que me ivan à echar la garra, fingí que me havia dado mal de coraçon; agarreme à los palos, hize viságes. Ellos que sabian el misterio, apretaron conmigo, diziendo, gran lastima. Don Diego me tomò el dedo del coraçon, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alçar las sabanas fue tanta la rifa de todos, viendo los recientes, no yá palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento. Pobre del, dezian los grandísimos bellacos: yo hazia el desmayado. Tirele vueſſa merced mucho deſſe dedo del coraçon; y mi amo entendiendo hazerme bien, tanto tirò, que me le desconcertò. Los otros tambien trataron de darme un garrote en los muslos, y dezian; el pobrecito, aora sin duda se enfuciò, quando le diò el mat. Quien dirà lo que yo passava entre mi? lo uno con la verguença, descoyuntado un dedo, y à peligro que me diessen garrote. Al fin, de miedo que me le diessen (que yá me tenian los cordeles en los muslos) hize que havia buelto, y por presto que lo hize, como los bellacos ivan con malicia, yá me havian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dexaronme, diziendo: Jesus, y que floxo fois. Yo llorava de enojo, y ellos dezian adrede; mas vâ en vuestra salud, que en haveros enfuciado, callad. Y con esto me pusieron en la cama despues de haverme lavado, y se fueron. Yo no hazia à solas sino considerar, como casi era mas lo que havia passado en Alcalà en un dia, que todo lo que me sucediò con Cabra. A medio dia me vesti, limpie la sotana lo mejor que pude, lavandola como gualdrapa, y aguardè à mi amo, que en llegando me preguntò como estava. Comieron todos los de casa, y yo, aunque poco, y de mala gana, y despues juntandonos todos à hablar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Rieronla todos, doblòseme mi afrenta, y dixè entre mi. Avison Pablos, alerta. Propuse de hazer nueva vida, y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las Escuelas, y patios nadie me inquietò mas.

## CAPITULO VI.

### *De las crueldades del ama, y travesuras que yo hize.*

**H**Az como vieres, dize el refran, y dize bien; de puro considerar en èl vine à resolverme de ser bellaco con los bellacos; y mas, si pudiesse, que todos. No sè si salí con ello; pero yo asseguro à vueſſa merced que hize todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida à todos los cochinos que se entrassen en casa, y à los pollos del ama, que del corral passassen à mi aposento. Sucediò, que un dia entraron dos puercos del mejor garvo que vi en mi vida; yo estava jugando con los otros criados y oïlos gruñir, y dixè à uno: vaya, y vea quien gruñe en nuestra casa, fue, y dixò, que dos marranos. Yo que lo oï me enojè tanto, que salí alla, diziendo, que era mucha bellaqueria, y atrevimiento  
venir

venir à gruñir à casas agenas, y diziendo esto envafele à cada uno (à puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos. Y porque no se oyese el ruido que hazian, todos à la par davamos grandísimos gritos, como que cantavamos; y assi espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y à puros gergones los medio chamuscamos en el corral. De suerte, que quando vinieron los amos yà estava hecho, aunque mal, sino era los vientres, que no estavan acabadas de hazer las morcillas, y no por falta de prisa, que en verdad por no detenernos; les haviamos dexado la mitad de lo que ellos se tenian dentro. Supo, pues, Don Diego, y el Mayordomo el caso, y enojaronse conmigo, de manera que obligaron à los huespedes (que de rifa no se podian valer) à bolver por mi: Preguntavame Don Diego, que havia de dezir si me acusavan, y me prendia la justicia? A lo qual respondi yo, que me llamaria hambre, que es el sagrado de los Estudiantes, y sino me valiesse, diria: como se entraron sin llamar à la puerta, como en su casa, entendi que eran nuestros: Rieronse todos de las disculpas. Dixo Don Diego, à Fè Pablos, que os hazeis à las armas. Era de notar ver à mi amo tan quieto, y religioso, y à mi tan travieso, que el uno exagerava al otro; ò la virtud, ò el vicio. No cabia el alma de contento, porque eramos los dos al mohino: haviamonos conjurado contra la despenfa. Yo era el despenfero Judas, que desde entonces heredè no sè que amor à la fisa en este oficio. La carne no guardava en manos del ama la orden Retorica; porque siempre iba de mas à menos, y la vez que podia echar cabra, ò oveja, no echava carnero. Y si havia huesos, no entrava cosa magra; y assi hazia unas ollas tificas de puro flacas; unos caldos, que à estar quaxados, se podian hazer fartas de cristal de las dos Pascuas. Por diferenciar, para que estuviesse gorda la olla, solia echar unos cabos de velas de sebo. Ella dezia (quando yo estava delante) à mi amo: Por cierto, que no ay servicio como el de Pablicos, si el no fuesse travieso, conservele vuesa merced que bien se le puede sufrir el ser travieso, por la fidelidad. Lo mejor de la plaça trae: Yo por el consiguiente dezia della lo mismo; y assi teniamos engañada la casa. Si se comprava azeite de por junto, carbon, ò tozino, escondiamos la mitad, y quando nos parecia, deziamos el ama, y yo: Moderense Vs. Ms. en el gasto, que en verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del Rey. Yà se ha acabado el azeite, ò el carbon; pero tal priesa se han dado. Mande vuesa merced comprar mas, y à Fè que se ha de lucir de otra manera: denle dineros à Pablicos. Davanmelos, y vendiamosles la mitad fisada, y de lo que compravamos la otra mitad, y esto era en todo. Y si alguna vez comprava algo en la plaça por lo que valia, reniamos adrede el ama, y yo. Ella dezia (como enojada) no me digais à mi, Pablicos, que estos son dos quartos de ensalada. Yo hazia que llorava, dava muchas voces, ivame à quejar à mi Señor, y apretavale para que embiasse el Mayordomo à saberlo, para que callasse el ama, que adrede porfiava. Iva, y sabialo, y con esto asseguravamos al amo, y al Mayordomo, y quedavan agradecidos, en mi à las obras,

y en el ama al zelo de su bien. Deziala Don Diego, muy satisfecho de mi. *A*si fuesse Publicos aplicado à virtud, como es de fiar. Tuvimoslos desta manera, chupandolos como sanguijuelas. Yo apostarè que vueſſa merced se espanta de la suma del dinero al cabo del año ? ello mucho deviò de ser, pero no obligava la restitucion: porque el ama confesava de ocho à ocho dias, y nunca le vi rastro, ni imaginacion de bolver nada, ni hazer escrupulo, con ser, como digo una fanta. Traia un Rosario al cuello siempre, tan grande, que era mas barato llevar una haz de leña acuestas. Del colgavan muchos manojos de Imagenes, Cruces, y Cuentas de perdones. En todas dezia que rezava cada noche por sus bienhechores. Contava ciento y tantos Santos Abogados fuyos; y en verdad que havia menester todas estas ayudas, para desquitarse de lo que pecava. Acoſtavase en un aposento encima de mi amo, y rezava mas oraciones que un ciego. Entrava por el Justo Juez, y acabava con el conqubules (que ella dezia) y en la Salve rehila. Dezia las oraciones en Latin adrede, por fingirse inocente; de fuerte que nos despedagavamos de risa todos. Tenia otras habilidades: era conqueridora de voluntades, y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpavase conmigo, diciendo, que le venia de casta, como al Rey de Francia curar de lamparones. Pensarà vueſſa merced que siempre estuvimos en paz; pues quien ignora, que dos amigos, como sean codiciosos, si estàn juntos se han de procurar enganar el uno al otro? Sucediò, que el ama criava gallinas en el corral, yo tenia gana de comerla una; tenia doze, ò treze pollos grandezitos; y un dia estando dandoles de comer; comencò à dezir, pio, pio, y esto muchas vezes. Yo que oì el modo de llamar, comencè à dar voces, y dixè: O cuerpo de tal, ama, no huvierades muerto un hombre, ò hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haver hecho lo que haveis hecho, que es imposible el dexarlo de dezir? Malaventurado de mi, y de vos. Ella, como me viò hazer estremos con tantas veras, turbòse algun tanto, y dixò: Pues Pablos, yo que liè hecho? si te burlas no me aflijas mas. Como burlas, pesia tal, y no puedo dexar de dar parte à la Inquisicion, porque sino, estarè descomulgado. Inquisicion, dixò ella, y empecò à temblar; pues yo he hecho algo contra la Fè? Esto es lo peor, dezia yo; no os burleis con los Inquisidores, dezid que fuisteis una boba, y que os desdezis, y no negueis la blasfemia, y defacato. Ella con el miedo: dixò. Pues Pablos, y si me desdigo, castigaranme? Respondila: No, porque solo os absolveràn. Pues yo me desdigo, dixò, pero dime tu de que, no lo sè yo, assi tengan buen siglo las animas de mis difuntos. Es posible que no advertis en que, no sè como me lo diga, que el defacato es tal, que me acobarda. No os acordais, que dixistes a los pollos, pio, pio, y es pio nombre de los Papas, Vicarios de Dios, y Cabeças de la Iglesia. Papaos esse peccadillo. Ella quedò como muerta, y dixò: Pablos yo lo dixè, pero no me perdone Dios, si fue con malicia, yo me desdigo, mira si ay camino para que se pueda escusar el acusarme, que me morirè si me veo en la Inquisicion.

licion. Como vos jureis en un Ara consagrada, que no tuvisteis malicia, yo asegurado podrè dexar de acusaros, pero ferà necesario que essos dos pollos que comieron, llamandoles con el santissimo nombre de los Pontifices, me los deis, para que yo los lleve à un Familiar que los queme, porque estàn dañados, y tras esto haveis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dixo, pues llevatelos, Pablos, aora, que mañana jurarè. Yo por mas asegurarla dixe: Lo peor es, Cypriana (que assi se llamava) que yo voy à riesgo, porque me dirà el Familiar si soy yo, y entre tanto me podrà hazer vexacion; llevadlos vos, que yo pardiez que temo. Pablos (dezia quando me oyò esto) por amor de Dios, que te duelas de mi, y los llesves, que à ti no te puede suceder nada. Dexèla que me lo rogasse mucho, y al fin (que era lo que queria) determinème, tomè los pollos, escondilos en mi aposento, hize que iba fuera, y bolvi, diziendo: Mejor se ha hecho que yo pensava, queria el Familiarcito venirse tras mi à ver la muger, pero lindamente le he engañado, y negociado. Diome mil abraços, y otro pollo para mi, y yo fuime con èl adonde havia dexado sus compañeros, y hize hazer en casa de un pastelero una caçuela, y comimelos con los demas criados. Supo èl ama, y don Diego la maraña, y toda la casa la celebrò en estremo. El ama lleço tan al cabo, de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo à dos dedos (à no tener porque callar) de dizir mis fiffas. Yo que me vi yà mal con el ama, y que no la podia burlar, busquè nuevas traças de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr, ò rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosissimas; porque yendo una noche à las nueve (que yà andava poca gente) por la calle Mayor, vi una confiteria, y en ella un cofin de passas sobre el tablero, y tomando buelo, vine, agarrele, di à correr, el confitero diò tras mi, y otros criados, y vezinos; yo como yà iba cargado, vi, que aunque les llevaba ventaja me havian de alcançar, y al bolver à una esquina, senteme sobre el, y embolvi la capa à la pierna depresso, y empecè à dezir con la pierna en la mano: Ay, Dios se lo perdone, que me ha pisado. Oyeronme esto, y llegando, empecè à dezir, por tan alta Señora, y lo ordinario de la hora menguada, y ayte corruto. Ellos se venian desgañifando, y dixeronme, vapor ay un hombre, hermano? Aì delante, que aqui me pisò, loado sea el Señor. Arrancaron con esto, y fueronse; quedè solo, llevème el cofin à casa, contè la burla, y no quisieron creer que havia sucedido assi, aunque lo celebraron mucho, por lo qual los combidè para otra noche à verme correr caxas: Vinieron, y advirtiendolos que estavan las caxas dentro la tienda, y que no las podia tomar con la mano: tuvieronlo por imposible, y mas por estar el confitero, por lo que le sucediò al otro de las passas, alerta. Vine, pues, y metiendo, doze passos atràs de la tienda, mano à la espada, que era un estoque recio, parti corriendo, y en llegando à la tienda, dixe: Muera, y tirè una estocada por delante el confitero: dexose caer, pidiendo confession, y yo di la estocada en una caxa, ò la passè, y saquè en la espada, y me fui con ella. Admiraronse de ver la traça, muriendose de risa

de que el confitero dezia, que le mirassen, que sin duda le havia herido, y que era un hombre con quien havia tenido palabras. Pero bolviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja, las que estavan al rededor, echò de ver la burla, y empeçò à santiguarse, que no pensò acabar; confiesse que nunca me supo cosa tan bien. Dezian los compañeros, que yo solo podia sustentear la casa con lo que corria, que es lo mismo que hurtar, en nombre revefado. Yo era muchacho, y veia que me alabavan el ingenio con que salia destas travessuras: animavame para hazer otras mas. Cada dia traia la pretina de jarras de Monjas, que les pedia para beber, y me venia con ellas; introduxe que no dieffen nada sin prenda primero. Y assi prometì à Don Diego, y à todos los compañeros, de quitar una noche las espadas à la misma ronda. Señalòse qual havia de ser, y fuimos juntos, yo delante, y en columbrar la justicia, me lleguè, con otro de los criados de casa, muy alborotado, y dixè: Justicia? Respondieron si. Es el Corregidor? Dixeron que si; hinqueme de rodillas, y dixè: Señor en sus manos de vuefça merced està mi remedio, y mi vengança, y mucho provecho de la Republica, mande vuefça merced oyrme dos palabras à solas, si quiere una gran prision. Apartòse, y yà los corchetes estavan empuñando las espadas, y los Alguaziles poniendo mano à las varetas, y dixele: Señor, yo he venido de Sevilla figuiendo seis hombres, los mas facinorosos del mundo, todos ladrones, y matadores de hombres; y entre ellos viene uno que matò à mi madre, y à un hermano mio, por robarlos, y le està probado esto; y vienen acompañando, segun les he oido dezir, à una espia Francesa; y aun sospecho, por lo que les he oido, que es (y abaxando mas la voz, dixè) de Antonio Perez. Con esto el Corregidor diò un salto azia arriba, y dixò: Adonde està? Señor en la casa publica; no se detenga vuefça merced que las animas de mi madre, y hermano se lo pagaràn en oraciones, y el Rey. Hazia, Jesus, no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dixè (tornandole à apartar) Señor, perderse ha, si vuefça merced haze effo, antes importa, que todos entren sin espadas, y uno à uno, que ellos està en los apofentos, y traen pistoletes; y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer fino la Justicia, dispararàn. Con dagas es mejor, y cogellos por detras los braços, que demasiados vamos. Quadrole al Corregidor la traça, con la codicia de la prision. En estos llegamos cerca, y el Corregidor advertido, mandò, que debaxo de unas yervas pufiesfen todas las espadas escondidas, en un campo que està en frente casi de la casa. Pufieronlas, y caminaron. Yo que havia avifado al otro, que ellos dexarlas, y èl tomarlas, y pescarse à casa, fueffe todo uno: hizolo assi, y al entrar todos, quedème atràs el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, di cantonada, y emboqueme por una callejuela, que va à dar à la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos que entraron, y no vieron nada; porque no havia fino estudiantes, y picaros, que es todo uno; començaron à buscarme, y no me hallando, sospecharon lo que fue; yendo à buscar ius espadas, no hallaron media. Quien contarà las diligencias

gencias que hizo con el Retor el Corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron a casa; y yo, porque no me conociesen, estava echado en la cama con un tocador, y con una vela en la mano, y un Christo en la otra, y un compañero Clerigo ayudandome à morir; los demas rezando las Letanias. Llegò el Retor, y la Justicia; y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiendose, que alli pudiera aver havido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el Retor me dixo un Responso: Pregunto si estava ya sin habla, y dixeronle, que si; y con tanto se fueron desesperados de hallar rastro: jurando el Retor de remitirle, si le topassen, y el Corregidor de ahorcarle, aunque fuese hijo de un Grande. Levantème de la cama, y hasta oy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalà: y por no ser largo, dexo de contar, como hazia monte la plaça del Pueblo; pues de caxones, de Tundidores, y plateros, y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de quando fuy Rey de gallos) sustentava la chimenea de casa todo año. Callo las pensiones que tenia sobre los habares, viñas y huertos, en todo aquello de alderedor. Con estas, y otras cosas comencè à cobrar fama de traviesso, y agudo entre todos. Favorecianme los Cavalleros; y apenas me dexavan servir à Don Diego, à quien siempre tuve el respeto que era razon, por el mucho amor que me tenia.

## CAPITULO VII.

*De la ida de Don Diego y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolucion que tomè en mis cosas para adelante.*

**E**N este tiempo vino à Don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venia otra de un tio mio, llamado Alonso Ramplon, hombre allegado à toda virtud, y muy conocido en Segovia, por lo que era allegado à la justicia; pues quantas alli se havian hecho de quatro años à esta parte, han passado por sus manos. Verdugo era, si và à dezir la verdad, pero un Aguila en el oficio: Verfele hazer, dava gana de dexarse ahorcar. Este, pues, me escrivìò una carta à Alcalà desde Segovia, en esta forma.

### CART A.

**H**ijo Pablos (que por el mucho amor que me tenia me llamava assi) las ocupaciones grandes desta plaça, en que me tiene ocupado su Magestad, no me han dado lugar à hazer esto, que si algo tiene malo el servir al Rey, es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pesame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murìò ocho dias ha, con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo.